

BRASIL

JOAQUÍM MACHADO DE ASSIS



LATINOAMÉRICA LEE

CANTINGA DE ESPONSALES

JOAQUIM MARÍA MACHADO DE ASSIS

Imagínense que están en 1813, en la iglesia del Carmen, en una de aquellas buenas fiestas antiguas, que eran el único entretenimiento público y todo el arte musical. Si saben qué cosa es una misa cantada, ya pueden imaginar cómo sería una misa cantada en aquellos años remotos. No les llamo la atención sobre los curas y los sacristanes, ni sobre el sermón, ni sobre los ojos de los muchachos cariocas, que ya eran bonitos en esa época, ni sobre las mantillas de las señoras, o los calzones, las cabelleras, las cenefas, las luces, los inciensos, nada. No hablo siquiera de la orquesta, que era excelente; me limito a mostrarles una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta, con alma y devoción.

Se llama Romão Pires; tendrá sesenta años, por lo menos. Nació en Valongo, o por ahí. Es buen músico y buen hombre; todos los músicos lo estiman. Maestro Romão es su nombre familiar; y decir familiar y público era la misma cosa en ese oficio y en aquella época.

"Cantina de esponsales" de Joaquim María Machado de Assis
en *Historias sin fecha*
Centro de Estudios Brasileños, Lima, Perú, 1981

Colección: "Latinoamérica lee"
Diseño y edición: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, 2004

"El Maestro Romão dirigirá la misa", equivalía decir, años después: "Entra escena el actor João Caetano"; o entonces: "El actor Martinho cantará una de sus mejores arias". Era la sazón exacta, la medida delicada y popular. "¡El Maestro Romão dirige la fiesta!" ¿Quién no conocía al Maestro Romão?, con su aire circunspetto, la mirada en el piso, la sonrisa triste y el paso lento. Todo eso desaparecía frente a la orquesta; en ese momento la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; su mirada se encendía, su sonrisa se iluminaba: era otro. No es que la misa fuera suya; ésta, por ejemplo, que él dirige ahora en la iglesia del Carmen, es de José Mauricio; pero él la dirige con el mismo amor que dedicaría a una misa que fuera suya.

Terminó la fiesta, como si terminara un intenso resplandor, dejando el rostro apenas iluminado por una luz ordinaria. Ya baja del coro, apoyado en su bastón; se dirige a la sacristía a besar la mano de los padres, y acepta un lugar en su mesa. Indiferente y callado. Cenó, salió, caminó hacia la Rua da Mae dos Homens, donde reside, con un negro viejo, papá José, que es como si fuera su madre, y que en este momento conversa con una vecina.

—Ahí viene el Maestro Romão, papá José, dijo la vecina.
—¡Eh! Adios, señora, hasta luego.

Papá José dio un salto, entró en la casa y esperó al señor, que no tardó en entrar con el aire de siempre. La casa no era rica, naturalmente, ni alegre. No había en ella el menor vestigio de una mujer, vieja o joven, ni pajaritos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o radiantes. Casa sombría y desnuda. Lo más alegre era un clavicordio, donde el Maestro Romão tocaba a veces, estudiando. Sobre una silla, a su lado, algunos papeles con piezas musicales; ninguna suya...

¡Ah! Si el Maestro Romão pudiera, sería un gran compositor. Parece que hay dos clases de vocación, las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan; las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación con los hombres. La de Romão era de éstas. Tenía la vocación íntima de la música; llevaba dentro muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales, que no alcanzaba a expresar y poner sobre el papel. Esta era la única causa de la tristeza del Maestro Romão. Por supuesto, el vulgo no

se daba cuenta de ello; unos decían esto, otros decían aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es esta: la causa de la melancolía del Maestro Romão era no poder componer, no poseer el medio para traducir lo que sentía. Y no es que no borronease mucho papel y no interrogase el clavicordio durante horas; pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta sentía vergüenza de los vecinos, y no intentaba nada más.

Y, sin embargo, si pudiera, terminaría por lo menos cierta pieza, una cantiga de esponsales comenzada tres días después de casado, en 1779. Su mujer, que tenía entonces veintiún años, y que murió con veintitrés, no era ni bonita ni fea, pero extremadamente simpática, y lo amaba tanto como él a ella. Tres días después de casado, el Maestro Romão sintió algo parecido a la inspiración. Ideó entonces el canto esponsalicio, y quiso componerlo; pero la inspiración no pudo salir. Como un pájaro que acaba de ser apresado, y forcejea para vencer las paredes de su jaula, abajo, arriba, impaciente, aterrado, así golpeaba la inspiración de nuestro músico, encerrada en él sin poder salir, sin encontrar una puerta, nada. Algunas notas llegaron a hilvanarse; él las escribió; obra de una sola hoja de papel, nada más.

Insistió al día siguiente, y diez días después, veinte veces durante el tiempo en que estuvo casado. Cuando su mujer murió, el releyó esas primeras notas conyugales, y se sintió aún más triste, por no haber podido fijar en el papel la sensación de la felicidad extinta.

–Papá José, dijo al entrar, hoy me siento enfermo.

–El señor ha comido algo que le ha hecho daño...

–No; ya en la mañana no me sentía bien. Ve a la botica.

El boticario le mandó algo, que él tomó por la noche; al día siguiente, el Maestro Romão no se sentía mejor. Hay que decir que él sufría del corazón, molestia grave y crónica. Papá José se quedó aterrado cuando vio que el malestar no había cedido al remedio, ni al reposo, y quiso llamar al médico.

–¿Para qué? Dijo el Maestro. Esto va a pasar.

El día no terminó peor, y soportó bien la noche, no así el negro, que apenas pudo dormir un par de horas. Los vecinos, apenas se enteraron del malestar, no tuvieron otro tema de conversación; los que eran amigos del Maestro fueron a visitarlo. Y le decían que no era nada,

que eran achaques de la edad; uno agregaba graciosa-mente que eran sólo mañas, para escapar de las derro-tas que el boticario le infligía en el juego; otro, que eran amores. El Maestro Romão sonreía, pero se decía que aquello era el fin.

"Se acabó", pensaba.

Una mañana, cinco días después de la fiesta, el médi-co lo encontró realmente mal; y fue eso lo que él vio en su fisonomía, más allá de las palabras engañosas:

–Esto no es nada; no hay que pensar en músicas...

¡Músicas! Justamente esta palabra del médico dio una idea al maestro. Apenas quedó solo, con su esclavo, abrió la gaveta donde guardaba desde 1779 el can-to esponsalicio comenzado. Releyó esas notas incon-clusas, arrancadas con esfuerzo. Y tuvo entonces un pensamiento singular: rematar la obra, ahora, cueste lo que cueste; cualquier cosa servía, siempre que le per-mitiera dejar un poco de alma en la tierra.

–¿Quién sabe? En 1880 tal vez se toque esto, y se cuente que cierto Maestro Romão...

El principio del canto remataba en un la; este la, que estaba bien puesto, era la última nota escrita. El Maes-tro Romão ordenó que le llevaran el clavicordio al salón del fondo, que daba a la huerta: necesitaba aire. Vio por la ventana a una pareja de ocho días de matrimonio: es-taban asomados a la ventana del fondo de su casa, con las manos juntas. El Maestro Romão sonrió con tristeza.

–Acaban de llegar, dijo él, yo parto. Compondré al me-nos este canto, que ellos podrán tocar...

Se sentó ante el clavicordio, reprodujo las notas y llegó al *la*...

–*la, la, la*

Nada, no podía continuar. Y, sin embargo, sabía de música como nadie.

–*La, do... la, mi... la, si, do, re... re... re...*

¡Imposible! Ninguna inspiración. No exigía una pieza profundamente original, pero, en fin, algo que no fue-se de otro y que se vinculase al pensamiento comenza-do. Volvía al principio, repetía las notas, buscaba recu-perar un retazo de la sensación extinguida, recordaba a su mujer, los primeros tiempos. Para completar la

ilusión, miraba por la ventana hacia la parejita de recién casados. Ellos seguían allí, las manos juntas, los brazos alrededor de los hombros; con la diferencia de que ahora se miraban, en vez de mirar hacia abajo. El Maestro Romão, fatigado por el malestar y la impaciencia, volvía al clavicordio; pero la contemplación de la pareja no había nutrido su inspiración, y las notas siguientes no sonaron.

–La... la... la...

Desesperado, dejó el clavicordio, tomó el papel escrito y lo rompió. En ese instante la muchacha, absorta en la contemplación de su esposo, empezó a cantar inconscientemente algo nunca antes cantado ni sabido, donde un cierto la desembocaba en una linda frase musical, justamente la que el Maestro Romão había estado buscando durante años sin encontrarla nunca. El Maestro la escuchó con tristeza, sacudió la cabeza y, esa misma noche, expiró.

Joaquim María Machado de Assis

Nace en Río de Janeiro, en el Morro do Livramento, el 21 de julio de 1839. Es hijo de un mulato liberto que trabaja de pintor y de una negra, nativa de las Islas Azores, llegada a Brasil en 1836. Su familia vive allegada a la chacra de Livramento cuya propietaria, Doña María José de Mendonça Barroso, persona rica e influyente, oficia de madrina del niño, quien llevará su nombre. Conoce a Francisco de Paula Brito. mulato como él, poeta, librero y editor, además de Impresor de la Casa Imperial. Paula Brito es su puente de acceso a la sociedad urbana del Brasil Imperial –Machado es tipógrafo en su editora– y a la escritura: su primer poema aparece publicado en la *Marmota Fluminense*, diario de noticias, variedades y literatura que Brito dirige.

Machado traduce, escribe artículos, crónicas, crítica literaria, cuentos, poesía, teatro, colabora, entre otros medios en: *O Paraíba*, *O Correio Mercantil*, *O Espelho*, *Journal do Rio de Janeiro*, *Jornal das Famílias*, *Gazeta de Noticias*, *A Semana*.

En 1860 se inicia en la carrera de funcionario; obtiene los cargos de Primer Oficial de la Secretaría de Estado del Ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas; Director de la Dirección de Comercio de la Secretaría de Agricultura; Director General de Vialidad.

Paralelamente publica: *Crisálidas* (poesía, 1864); *Contos Fluminenses* (cuentos, 1869); *Ressurreição* (*Resurrección*, novela, 1872); *Historias de meia-noite* (cuentos, 1873); *A mão e a luva* (*La mano y el guante*, novela, 1874); *Helena* (novela, 1876); *Iaiã Garcia* (novela, 1878); *Memórias póstumas de Brás Cubas* (novela, 1881); *Papéis avulsos* (*Papeles sueltos*, cuento, 1882); *Historias sem data* (*Historias sin fecha*, cuentos, 1884); *Quincas Borba* (novela, 1891); *Várias Historias* (cuentos, 1896); *Dom Casmurro* (novela, 1899); *Páginas recolhidas* (*Páginas escogidas*, cuentos, teatro, crónicas, 1899); *Poesía completa* (1901); *Esau e Jacó* (novela, 1904); *Relíquias da casa velha* (*Relíquias de la casa vieja*, textos y teatro, 1906); *Memorial de Aires* (novela, 1908). A esta extensa lista, hay que agregar su producción dramática y de cronista, reunida más tarde en su *Obra Completa*, (1937).

En 1896 es designado Presidente de la Academia Brasileña de Letras, recientemente creada, cargo que ocupa hasta su muerte en 1908.

En su certificado de defunción consta: “edad 69 años, viudo, natural de esta capital, funcionario público, color blanco”. Como el Joaquim Fidelis, de “Galería póstuma”, ante esta afirmación el mulato genial habrá esbozado una sonrisa sardónica.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA



EMBAJADA DE LA REPÚBLICA
FEDERATIVA DEL BRASIL



Instituto Cultural
Gobierno de la Provincia
de Buenos Aires

 **Banco Ciudad**